

# ANAQUEL

## ALFONSO REYES Y SU LABOR DE MEDIO SIGLO

Por Francisco MONTERDE

I

AUNQUE EN LOS TRES lustros finales de su existencia, según confesiones literarias póstumas, el escritor tenía que frenar impulsos y someter la tarea cotidiana al ritmo impuesto por los males, su labor era enorme.

Podría afirmarse que, en calidad y rendimiento, supera a la realizada en los mismos años por colegas no encadenados en las galeras —de plomo— en que, sin culpa, sufren forzosamente los diaristas, según dijo de sí Manuel Gutiérrez Nájera, a quien acaba de recordarse.

A pesar de aquel freno, que aceptó necesariamente sin intentar sublevarse contra él y por el cual se ciñó al ritmo de sus palpitaciones, sujeto a intermitencias y alternativas, a causa del padecimiento que lo inmovilizaba a ratos casi totalmente, Alfonso Reyes trabajó con la pluma tanto o más que muchos hombres normales.

La inminencia del final previsto, como en las tragedias, que los recursos científicos empleados con él sólo pudieron retrasar aplazándolo sin modificar el desenlace, contribuyó a veces, sin duda, a estimular sus esfuerzos.

Así se desprende de algunas palabras, de aquellas que escribió, sereno ante la muerte con la que tenía que encontrarse pronto, porque lo esperaba sin que él supiese en cuál recodo del camino, como a Peer Gynt el fundidor de botones.

La certidumbre de que su fin estaba próximo le hacía apresurarse, cuando podía hacerlo, para avanzar en las obras iniciadas, con el deseo de dejar concluidas, en su mayoría al menos, las proyectadas antes.

Así avanzaban paralelamente, en el taller que fue su biblioteca, donde las lecturas alternaban con los escritos, las obras originales y las versiones de obras ajenas, ya que él, siempre laborioso, descansaba de una tarea emprendiendo otra.

Llegó a la estación final, sin haber terminado algunas de esas obras, pero enriquecido su equipaje por las adquisiciones hechas durante el trayecto —que para él resultó breve, a pesar de que la vida le permitió llegar a septuagenario.

En la meta se encontró, como los hombres generosos, plenas las manos de dones, a pesar de que los había ido prodigando, sin regateos, a lo largo del recorrido que, para él y para quienes lo acompañaron, fue placentero porque las alegrías hicieron olvidar las amargas.

II

Con una ojeada retrospectiva a la bibliografía de Alfonso Reyes —que está por completarse aún y que resultará, sin duda, más extensa y complicada que cualquiera de las bibliografías de sus coetáneos—, es posible desprender de ella algunas observaciones.

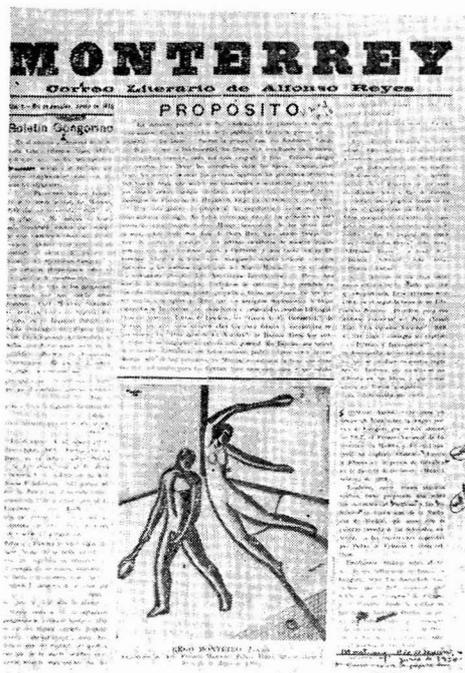
Al seguir cronológicamente su producción, se advierte cómo, tras el período de aprendizaje en que el escritor adquiere dominio y malicia, el ritmo de sus elabo-

raciones va apresurándose paulatinamente.

Tomada por décadas, los diez primeros años —1910-1919— del medio siglo de actividad literaria que completó Alfonso Reyes, son aquellos en que el ensayista se halla, aparentemente, consagrado a preparar y prologar ediciones de clásicos, de preferencia españoles.

A partir de la segunda década, la de los años de 20, sin abandonar aquellas labores de crítico —gracias a las cuales, pudo subsistir, con los suyos, en el extranjero, cerca de diez años—, concede mayor atención a lo propio.

Son aquellos años en que se suceden, tras los cuentos de *El plano oblicuo* y los



ensayos de *El cazador*, sus libros y folletos en que reúne las impresiones de viaje, los jirones de memorias, mientras los artículos se agrupan en los cinco volúmenes de la serie de *Simpatías y diferencias*.

Los años de 30 se inician con juegos de la inteligencia, como aquellos de *Las jitanjáforas* —preparados desde 1929, en Buenos Aires, y difundidos ampliamente, el año inmediato, en La Habana— y otros escauceos literarios.

Enriquecido su acervo intelectual, a la vez que emprendía y remataba sus tareas en las décadas precedentes, en los años de 40 de algunas de sus obras que representan mayor y más firme esfuerzo.



*Alfonso Reyes*

Son los años en que aparecen, tras *Los siete sobre Deva*, *La crítica en la edad ateniense*, en 1941; *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, *La experiencia literaria y Última Tule*, en 1942; *Los trabajos y los días*, en 1945; *Entre libros*, *Panorama de la religión griega y Grata compañía*, en 1948.

Al mediar esa década, el primer toque de alarma, la inicial advertencia del cuerpo que exige reposo, alteran o al menos modifican el ritmo de trabajo; y la última década, la que va de 1950 a 1959 está consagrada, en gran parte, a la organización de sus *Obras Completas*.

III

A lo largo de esas cinco décadas de labor literaria que tuvieron principio en 1910, con la conferencia sobre "Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón" —que formó parte del ciclo organizado en el Centenario de la Independencia—, alternan en su producción la prosa y el verso.

En el primer campo se habían sucedido los ensayos que integran *Cuestiones estéticas*, en 1911; aquella conferencia del Ateneo sobre *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX*, publicada ese mismo año; *Cartones de Madrid y Visión de Anáhuac*, en 1917; *Retratos reales e imaginarios y Calendario*, en 1920; *Cuestiones gorgoninas*, en 1927; *Atenea política*, y *Tren de ondas*, en 1932; *El tránsito de Amado Nervo*, *Idea política de Goethe* y *Las vísperas de España*, en 1937, con otros volúmenes de ensayos y discursos.

En el campo de la poesía lírica y dramática, había dado *Huellas*, en 1922; *Ifigenia cruel*, en 1924; *Pausa*, en 1926; *5 casi sonetos*, en 1931; *Versos sociales*, en 1932; *Romances del Río de Enero*, en 1933; *A la memoria de Ricardo Güiraldes* y *Yerbas del tarahumara*, en 1934; *Golfo de México*, *Minuta e Infancia*, en 1935; *Otra vez*, en 1936; *Cantata en la tumba de Federico García Lorca*, en 1937; *Romances (y afines)*, en 1945, y *Cortesía*, en 1948, que integrarán después el tomo de poesía, *Constancia poética*, aparecido a fines de 1959, en sus *Obras*.

No es fácil agotar, en una somera enumeración, los títulos de las obras de Alfonso Reyes que corresponden a sus estudios, a ensayos sobre temas diversos, —como *La filosofía helenística* (1959)—, que a veces caen fuera de la literatura, sin dejar de ser literarios.

Con lo elaborado totalmente y lo que fue sólo en parte realizado; aquello que la muerte le impidió concluir, se formarán quizás otros quince tomos, por lo menos, de las *Obras completas* ya en marcha.

Esos tomos futuros, que él dejó casi organizados —y que había planeado desde aquella carta a sus albaceas testamentarios que no pudieron serlo— contendrán, entre otras páginas inéditas, las que corresponden a su Diario, las Memorias que él continuaba, a paso acelerado, cuando su salud lo permitía; las anécdotas...

Siempre quedarán truncas varias de sus obras: la trayectoria que inició *El deslinde* y que se desvió por diversos comentarios; su pulcra labor de intérprete —más bien que traductor— de Homero y otros clásicos, entre las versiones por él prometidas, como la del *Pafnucio* de Hroswitha; y la *Historia documental de mis libros*, varios de cuyos capítulos dio a conocer esta Revista.